

guelfo, se unieron y juraron vengarle; corrió, en efecto, la sangre, y todos los días afligió á Florencia un nuevo asesinato, una nueva batalla, por espacio de treinta y tres años.”



PRIMERAS IMPRESIONES.

CUENTOS TRADUCIDOS

CUENTOS TRADUCIDOS

PRIMERAS IMPRESIONES.

DE AUTOR ANÓNIMO.

(Cuento traducido del inglés.)



O era niño aún ; no había pasado de los seis años. Mis padres eran pobres, muy pobres. Mi padre era maestro de escuela en una aldea del granducado de Baden. De seis hijos que tenía, yo era el más pequeño y consentido. Mi padre era excelente violinista, y tan á menudo como el señor del dominio iba á residir en su castillo, era llamado á dirigir la banda de músicos que acudían á tocar en las fiestas.

“En tales ocasiones se me permitía acompañarle. Adornado con mi vestido de gala, me escapaba por delante de él á ver la mundanal grandeza de mi señor, quien debía ser, en mi concepto, el primer personaje de la tierra, porque el mayordomo del dominio nunca hablaba de él en otros términos que los de “nuestro muy gracioso señor,” y mi padre, á su vez, nunca saludaba al ma-

yordomo, sin tener su sombrero en la mano. A menudo recuerdo á este importante personaje y á la turba de aldeanos en un día de reunión, con las alas de los sombreros entre los dientes, sus cabezas inclinadas al suelo y las manos cruzadas sobre el pecho. ¡ Con qué temor tan reverencial contemplaban la morada de su señor ! Más lejos, acaso alcanzaba yo á ver al barón en persona. No recuerdo mis pensamientos de entonces ; pero sí que mi corazoncito saltaba á la sola idea de encontrarme con las miradas de un hombre tan distinguido.

“Os pido perdón, señores y señoritas—dijo el doctor con una dulce sonrisa—por el color un tanto cuanto burlesco que la clase de bagatelas descritas me obliga á dar á mi humilde narración. Es la sola venganza que nosotros los plebeyos podemos algunas veces tomar de los seres que nos son superiores.

“La última vez que mi padre fué llamado al castillo, fué con motivo del cumpleaños de la hija mayor del barón, joven cuya imagen permanece ahora, después de diez y seis años de una vida activa, en mi imaginación, fresca como si viviera y se moviese.

En aquel tiempo me parecía un ángel. Sea que las formas algo bastas que estaba acostumbrado á ver, formaran un contraste muy fuerte con la delicada y hermosa forma de Lady Lugarda, ó sea que su posterior benevolencia ha esparcido un encanto inefable alrededor de su memoria, yo no puedo olvidarla. Probablemente, el poder de la belleza física y de la belleza moral reunidas, fué lo que causó tan profunda impresión en mi temprana susceptibilidad.

“Mi padre naturalmente, siendo tan sólo un personaje inferior, una especie de criado que come el pan de su amo, no era admitido á la presencia del barón. Era sin embargo, bien tratado en la mesa de la servidumbre del castillo, y como yo aun no tenía títulos para ello, me guardé un bollo en la faltriquera y me fuí hacia el jardín baronial, cuya entrada hallé abierta.

“Cómo aconteció que yo me viese allí, no lo puedo descifrar. El jardín era sólo para la noble familia. Nunca hubiera ideado mi cerebro penetrar en él, aunque apenas distaba una milla de la cabaña de mi padre ; con tanto respeto así era visto cuando pertenecía al dominio de mi señor, y es-

toy enteramente cierto de que nunca hubo en la aldea alguien bastante osado para decir cuál era el aspecto de aquel desierto paraíso terrestre, hasta que llegó á ser de más edad y fué admitido en el número de los trabajadores que tenían á su cargo la conservación de las veredas y la poda de los árboles. El parque era extenso y ondulado, y yo vagué tanto por sus veredas, contemplando y admirando los arbustos y plantas indígenas y exóticas, que al cabo, me perdí enteramente. Apenas habrá sensación más desagradable para un muchacho que la que experimenta al conocer que se ha perdido; así lo he creído desde entonces acá. No bien me hice cargo de mi situación, cuando corrí por todas partes buscando la salida del laberinto; mi ansiedad crecía á la par de mi indecisión; el temor comenzó á sugerirme la idea de que ya de ningún modo podría salir de allí. Mi bollo había sido devorado desde mucho antes; llegué á estar hambriento, cansado y temeroso de no hallar á mi padre, ó de hallarle y ser castigado por mi temeridad; maldecí de buena gana mi curiosidad, y al cabo me senté; el desfalle-

cimiento venció mi ansiedad, y me quedé dormido.

“Habría permanecido así cosa de una hora cuando fuí despertado por una blanda mano. Abrí los ojos y en pie estaba delante de mí un ángel, según imaginé. Era la hermosa Lugarda, la reina de la fiesta. Mi primera idea se redujo á huir; la segunda se refirió al modo de hacerlo, y la tercera me representó á mi padre, que, excelente como era, tenía mucho de pedagogo para economizar la vara.

“Comencé á gritar: la joven me tomó de la mano y me preguntó en tono dulcísimo la causa de mis lágrimas. Se la dije: “mi padre, la pérdida del camino, el hambre.” Preguntóme á quién pertenecía yo y me aconsejó que no llorara más. Ella no estaba sola; había á su lado un joven de hermoso y varonil aspecto: Lady Lugarda habló con él durante algunos minutos; los ojos del joven se fijaban en ella y se humedecían á cada inflexión de su voz. Los muchachos son muy observadores. Conocí por esta misma circunstancia, aunque nunca los había visto antes, ni había oído pronunciar la palabra *amor* en mi corta vida; conocí, repi-

to, por intuición, que no eran hermano y hermana. Yo tenía hermano y hermanas; pero sabía que no se contemplaban como éstos lo hacían mutuamente. Lady Lugarda me tomó nuevamente de la mano y me obligó á seguirla. Cuando llegamos, frente al castillo, al escampado que adornaban hileras de naranjos y limoneros, sembrados en grandes vasos, me dijo que si yo consentía en ello, permanecería de allí en adelante en el castillo; besé su mano y corrí alegremente hacia él. Mi padre me recibió con el ceño mas ominoso y las palabras: “¡Bien! Tendrás tu merecido.” Pero ¿quién podrá describir su admiración cuando poco después fué llamado á la presencia del barón, quien le anunció en los términos más benévolos que, para cumplir los antojos de su hija, como él mismo decía, iba yo á permanecer en el castillo bajo su especial protección? Mi pobre padre se quedó atónito; sólo pudo inclinarse y con voz casi sofocada por la alegría, responder: “Demasiada honra, muy gracioso señor; demasiada gracia, para este muchacho perverso.” Desde aquel día viví en el castillo con la noble familia, siendo incesantemente ob-

jeto del cuidado de la joven baronesa. En el mismo soto de cerezos y pinos blancos donde yo estaba durmiendo y apenas á unos cinco pasos de distancia, había ella admitido y pagado el amor de su juventud. Para consagrar la hora solemne y el recuerdo, propuso al barón Rodolfo, educar al pequeño durmiente, y él había consentido con lágrimas en los ojos.”

El joven doctor hizo un momento de pausa; sus ojos serenos y claros brillaban con una luz que daba á su aspecto franco y simpático un aire indecible de inocencia infantil. El tono sencillo y ligero de su narración, se convirtió, sin embargo, en solemne cuando continuó diciendo:

“Muchos de vosotros, nobles amigos míos, recordaréis que en la época á que me refiero, la tierra de nuestros padres era un vasto campamento militar. El victorioso corso había vuelto de la tierra de las Pirámides. La paz había sido interrumpida de nuevo, y nuestros defensores se apresuraban á acudir á los mismos campos, tan profusamente blanqueados ya con los huesos de nuestros hermanos. En la cabecera del condado en que se hallaba situada nuestra al-

dea, se había estacionado un regimiento de lanceros. Marchó, con excepción de una compañía que permaneció de reserva con su comandante, para enviar refuerzos al regimiento. Los oficiales habían sido invitados á la fiesta por el barón, admirador entusiasta de la vida militar, que había sido también soldado, y atacó y tomó á Belgrado bajo el mando del Padre Loudón, como llamaba apasionadamente al famoso general.

“Sabido es de nosotros, señores y señoras, que la oficialidad de nuestra caballería ligera se compone, con muy pocas excepciones, de nobles de alto rango, no siendo posible á la clase media erogar los gastos de tan espléndidos cuerpos. El altivo continente de los huéspedes militares, sus ricos uniformes, y sobre todo, el convencimiento de que iban á ser pronto llamados á figurar en escenas de lucha mortal, daban á su conversación un carácter de magnificencia y solemnidad á la vez, que nunca se borrará de mi memoria, aun cuando yo no fuese entonces otra cosa que humilde espectador. Lo cierto es que algo pasaba ante la imaginación de ellos, parecido á un presentimiento si-

niestro. Sabían que iban á encontrar al gran capitán contra quien habían sido invariablemente desdichados sus esfuerzos. Por donde quiera habían deshecho, generalmente hablando, los ejércitos capitaneados por Jourdan, Macdonal, y aun Moreau. Sólo al caudillo principal temían. Un encanto mágico parecía estar unido á su nombre.

“La mesa estaba colocada en espacioso salón abovedado del castillo, ricamente adornado y lleno de los retratos de los antepasados guerreros y hombres de Estado de la raza baronial. Arriba de la segunda entrada estaba la galería de los músicos. Yo permanecía al lado de mi padre, mirando con interés infantil la espléndida concurrencia y el suntuoso convite. Había estado observando perfectamente cerca de una hora sin oír otra cosa que un murmullo confuso durante los intervalos de silencio de la orquesta, cuando el anciano barón se levantó de su asiento y, elevando su vaso, habló en alta voz.

“Sus palabras fueron ahogadas por el sonido de las trompetas; pero en medio de la confusión, salió un grito de los labios

de la bella Lugarda, y casi sin sentido fué llevada adentro por sus doncellas.

“Supe después que el barón, en el ardor de su indignación patriótica, había pronunciado este brindis: “¡ Prosperidad á las armas del Archiduque Carlos y sus compañeros de combate! ¡ Destrucción á sus enemigos!” Había añadido: “Si yo fuese joven, marcharía contra los enemigos de mi país: ningún hombre de honor debe permanecer en su casa.”

“Apenas habían sido pronunciadas estas últimas palabras, cuando el joven barón Rodolfo se levantó y, estrechando la mano al mayor, se le ofreció en calidad de voluntario. Fué abrazado por toda la oficialidad como hermano de armas y compañero de combates. No sin dificultad se obligó á Lady Lugarda á reunirse con la concurrencia y participar del baile.

“A la siguiente mañana temprano, un dragón de aspecto terrible hizo su aparición en el castillo baronial. Había sido enviado por su comandante para adiestrar al barón Rodolfo en los ejercicios militares.

“Sería difícil hacer entera justicia á la ceñuda faz del cabo Moor. Estaba material-

mente esculpida en el más espantoso relieve. Una cortada al través desde la ceja, se iba angostando hasta terminar en un araño que se extendía entre el ojo y su mejilla izquierda. Otra cortada le había privado del ojo derecho, y una tercera corría á lo largo de la frente. Pero lo que él lamentaba sobre todo, era la pérdida de su bigote. En un espacio de cerca de una pulgada no le había salido pelo, á pesar del sebo y del aceite de oso: todas estas cortadas habían sido precipitadamente cosidas por un cirujano falto de habilidad. Con sentimiento hablaba siempre de su deformidad y nunca dejaba de añadir: “He salado á aquel perro francés.” Ceñudo como era el cabo Moor, presto contraje con él cierta especie de amistad. Le llevaba al salón de los criados, cerveza, de que acostumbraba tomar una cantidad inmensa: me permitía (ciertamente el mayor favor otorgado jamás por un ginete) montar su caballo, y me refería las cincuenta batallas é innumerables lances en que se había hallado. Por eso le ascendieron á cabo, y recibió la medalla de oro, prueba inequívoca de su espíritu marcial.

“El cabo Moor tenía, según recuerdo,